

XXIII

Nuestra abuela

NUESTRA abuela va debilitándose más cada día; la campanilla, la voz de la colérica Gacha y el rechinar de puertas y vidrieras se hace oír cada vez con mayor frecuencia en sus habitaciones; no recibe ya en su gabinete, sentada en su sempiterno sillón, sino en su dormitorio, siempre echada en una cama muy alta, llena de almohadas con sendas puntillas y bordados. Al ir á darle los buenos días noté en su mano una especie de hinchazón amarillenta y percibí en la alcoba el mismo olor fuerte y pesado que sentí hace cinco años en la alcoba de mamá. El doctor hace tres visitas diarias y se han celebrado ya varias consultas médicas. Pero su carácter, su modo altanero de tratar á los criados y sobre todo á papá no han cambiado en lo más mínimo. De igual modo que antes frunce las cejas y pronuncia las palabras: «Querido mío».

Pero hace ya algunos días que no nos dejan entrar en sus habitaciones, y una mañana mientras estábamos en clase, Saint-Jerôme me ordenó que me fuera de paseo con Lubotchka y Katenka. Una vez sentado en el trineo, noté que la calle, delante de las ventanas que corresponden con las habitaciones de mi abuela, estaba cubierta de paja, y que unos individuos con blusa azul se hallaban en nuestra puerta cochera, y sin embargo de todo esto no com-

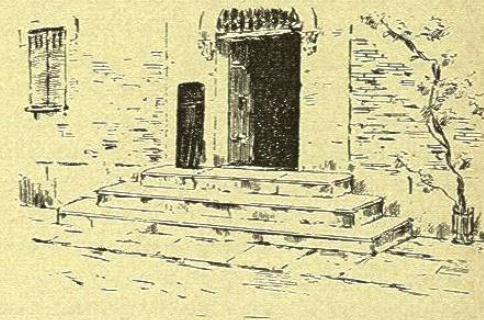
prendí porque se nos enviaba á paseo en hora tan fuera de costumbre.

Precisamente aquel día lo mismo yo que Lubotchka nos hallábamos en una disposición de espíritu singularmente alegre, pues la cosa más nimia, la más insignificante palabra, el hecho más pueril nos hacía reír... Un faquín llevando una regular carga y corriendo por la calle con paso menudo y rápido nos hace estallar en la más ruidosa carcajada. Más allá, un cochero harapiento guiando al galope agita los extremos de las riendas que tiene en la mano, y nos reímos de nuevo. El látigo de Felipe se enrosca en el arco del trineo y exclama: Eh!... lo cual nos hace morir de risa. Mimi, con aire de sumo descontento, dice que únicamente los tontos se ríen de este modo, y Lubotchka, encendida por el esfuerzo hecho para contenerse, me mira de reojo, chocan nuestras miradas y estallamos en una risa verdaderamente homérica, hasta llenarse de lágrimas nuestros ojos, por no poder contener la risa que nos retoza por el cuerpo. Nos hallamos apenas un poquitín calmados, cuando miro de nuevo á mi hermana, pronuncia ésta cierta palabra que estaba entonces de moda entre nosotros y otra vez nos reímos como verdaderos locos.

Volvíamos ya á casa, y yo acababa de abrir la boca haciendo una risible mueca cuando súbitamente hiere mis ojos la imagen lúgubre de una tapa de ataúd que está apoyada contra la pared junto á la entrada, y me quedo inmóvil con la risible mueca en los labios.

— Vuestra abuela ha muerto!— dice Saint-Jerôme, que avanza hacia nosotros, muy pálido el rostro.

Todo el tiempo que estuvo en casa el cuerpo de nuestra abuela, sentí con gran fuerza el miedo de la muerte, esto es, que su cadáver me recordaba penosa y vivamente que un día ha de venir en que yo muera también, sentimiento que algunos se empeñan en confundir con la tristeza que les causa la separación de los seres amados... No es que añore á mi abuela, y á decir verdad no creo que nadie la eche de menos. La casa se llena de gente enlutada,



pero no sé ver á nadie verdaderamente triste, salvo una sola persona, cuyo dolor y desesperación me sorprenden cómo no sabré yo decir. Esta persona es la sirvienta Gacha. Se sube al granero, se encierra sola allí, y llora y se maldice y se arranca los cabellos; no quiere saber nada de nadie, y dice que después de morir su dueña tan amada, no le queda ya más sino morir también...

Repito aquí de nuevo que, en materia de sentimientos, lo inverosímil es siempre seguro indicio de verdad.

Nuestra abuela ya no existe, pero su recuerdo y ciertos comentarios acerca de ella viven todavía en nuestra casa. Estos comentarios refiérense principalmente al testamento que hizo mucho antes de morir y que no conoce nadie excepto su ejecutor testamentario, el príncipe Ivan Ivanovitch. Entre la servidumbre de nuestra abuela observé cierta emoción y hasta sorprendí algunas frases, descubriendo que se preocupaban por saber á quien irían las riquezas de la noble anciana, y confieso que con alegría, aunque á pesar mío, yo pensaba que vendrían á nosotros.

No habían pasado de esto más de seis semanas cuando Nikoïai, la ordinaria gaceta de noticias en nuestra casa, me contó que nuestra abuela había dejado heredera universal de sus bienes á Lubotchka, dándole por tutor hasta su matrimonio, no á papá, sino al príncipe Ivan Ivanovitch.



XXIV

Mi personalidad

No me faltan ya más que algunos meses para hacer mi entrada en la Universidad. Estudio ahora bien, y no solamente aguardo sin miedo ninguno á mis profesores, sino que hallo hasta una especie de gusto en las lecciones. Es en efecto para mí de un gran placer acertar en la exposición clara y metódica de la lección estudiada. Me preparo para entrar en la facultad de ciencias matemáticas, y si he de decir la verdad esta elección se funda únicamente en que las palabras: sinus, tangente, diferencial, integral y otras por el estilo me gustan extraordinariamente.

Soy mucho más pequeño que Volodia, ancho de espaldas y más bien grueso. He continuado tan feo como antes, y como antes también esto hace mi desolación. Trato en cambio de parecer original, y la única cosa que me consuela es que una vez dijo papá de mí que tenía yo unos ojos inteligentes, y así lo creo con toda firmeza.

Saint-Jerôme está contento de mí, me alaba, y no solamente no le detesto ya sino que, cuando dice alguna vez que: con mis capacidades y mi clara inteligencia sería vergonzoso que no hiciese yo esto ó lo de más allá, paréceme hasta que le quiero.

Mis observaciones en el cuarto de las criadas hace ya mucho

tiempo que han acabado, pues me avergüenzo ahora de esconderme tras las puertas, y, además, la convicción del amor de Macha



por Vasili confieso que me curó casi del todo de mis grandes ardores. Luego el matrimonio de Vasili, á cuyos ruegos yo mismo pedí el permiso á papá, me curó definitivamente de esta desdichada pasión mía.

Y cuando los jóvenes desposados, llevando una pequeña fuente con bombones, vinieron á ver á papá para darle las gracias por su matrimonio, y Macha, con su elegante cofia con lazadas de azul celeste nos dió á cada uno de nosotros las gracias besándonos en el hombro, no sentí más que

el olor de la pomada que llevaba en los cabellos, sin que experimentase la más pequeña emoción.

En general comienzo á corregirme poco á poco de mis defectos de la adolescencia, excepto no obstante el principal de ellos, que sin duda habrá de causarme en mi existencia no pocos sinsabores: mi singular disposición para el raciocinio.



XXV

Los amigos de Volodia

AUNQUE entre los camaradas de Volodia yo representaba un papel que hería profundamente mi amor propio, me gustaba hallarme en su cuarto cuando recibía á sus amigos, observando en silencio cuánto se pasaba allí. Los que con mayor frecuencia venían á pasar algún rato con Volodia eran el ayudante de campo Dubkov y el estudiante príncipe Nekhludov. El primero era un hombrecillo moreno y sanguíneo, no muy joven ya, y aunque tenía las piernas algo cortas era de un aspecto asaz agradable, y estaba siempre muy alegre. Era una de esas personas de inteligencia limitada, y que son simpáticas precisamente por esa cualidad suya, pues no pudiendo ver las cosas todas sino por uno solo de sus aspectos, se muestran siempre entusiasmadas. Los razonamientos de tales hombres son siempre estrechos y hasta erróneos, pero ellos suelen ser siempre en todo sinceros y se muestran constantemente satisfechos, y aún su estrecho egoísmo nos parece, no sé por qué, digno de excusa y hasta encantador. Además, para Volodia y también para mí, Dubkov tenía un doble encanto: un aspecto muy marcial y la edad precisamente que los jóvenes tenemos la costumbre de mirar como la más apropiada para la mayor brillantez de nuestras cualidades naturales. De todas maneras, Dubkov podía ser calificado de lo que se llama «todo un hombre». Una sola cosa me era

desagradable, y es que delante de él, Volodia se mostraba cómo avergonzado de mis actos más insignificantes y aún de mi poca edad.

Nekhludov no era tan hermoso; sus ojos pequeños y grises, su frente estrecha y recta, la longitud desmesurada de sus manos y de sus pies no podían realmente ser considerados como rasgos de belleza. Lo que de hermoso tenía el príncipe era su elevado talle, la frescura del rostro y la blancura extremada de sus dientes. Su rostro, no obstante, tenía una expresión muy enérgica y original, debida, principalmente, á sus pequeños y brillantes ojos, y además la movible expresión de su sonrisa, á veces seria y grave, á veces infantil y graciosa, no podía menos de atraer sobre él la atención de quien le viese por la primera vez.

Era en apariencia muy tímido; pues la menor cosa le encendía de rubor el rostro hasta la punta de las orejas, aunque su timidez no se parecía en nada á la mía: cuánto mayor era el rubor que pintaba sus mejillas, mayor resolución expresaba su rostro, cómo si se enfadase consigo mismo por su propia debilidad.

Aunque parecía ser gran amigo de Dubkov y de Volodia, era evidente que tan sólo el azar los había reunido. Sus opiniones eran siempre distintas; Volodia y Dubkov tenían miedo de todo lo que se parecía siquiera al razonamiento ó al sentimentalismo; Nekhludov, por el contrario, era de espíritu estusiasta en el más alto grado, y con frecuencia, aún á pesar de la burla que le hacían, lanzábase á discutir ampliamente sobre toda clase de cuestiones filosóficas ó bien relacionadas con el sentimiento. Volodia y Dubkov gustaban de estar siempre hablando de las mujeres que amaban varias á un tiempo y siempre las mismas uno y otro. Nekhludov, por el contrario, enfadábase cuando hacían sus amigos alusión á su amor por cierta joven rubia.



Volodia y Dubkov se permitían con frecuencia hacer burla de sus padres y demás parientes; Nekhludov, por el contrario, se ponía furioso si se dirigía la más pequeña alusión, en sentido desfavorable, á su tía, á la cual tenía el príncipe en una entusiasta adoración. Volodia y Dubkov, después de cenar, se iban

con frecuencia... á no sé dónde, pero siempre sin Nekhludov, á quien solían llamar la *niña pudorosa*.

El príncipe Nekhludov me sorprendió ya desde el primer momento, tanto por su interesante conversación, como por su aspecto exterior. Pero, aunque teníamos ambos una multitud de ideas comunes,—ó tal vez precisamente por eso—el sentimiento que me inspiró la primera vez que le ví estaba muy lejos de ser de veras amistoso. Su mirada inquieta, su voz firme, su aire altanero y sobre todo la absoluta indiferencia que desmostraba conmigo, me disgustaba no poco. Con mucha frecuencia, durante nuestras conversaciones, sentía grandes deseos de contradecirle, y, para vencer su orgullo, salir triunfante de él en alguna discusión, siquiera para demostrarle que yo también era inteligente, aunque no se dignase poner en mí su atención; pero cuántas veces lo quise intentar, mi natural timidez me contenía.